



# El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9258

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde el 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. J. rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECEBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

SABADO 10 DE SEPTIEMBRE DE 1892

## Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre.

Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

## ECOS DE MADRID

9 Septiembre 1892.

¿No habría algún medio de suprimir el arma, que no es nacional, como algunos pretenden, puesto que ni en Galicia, ni en Asturias, ni en Cataluña, ni en algunas otras comarcas se usa la navaja á diario como en Madrid?

Raro es el día que chicos y grandes, hombres y hasta mujeres dejan en la villa y corte de practicar algún agujero más ó menos funestos en el cuerpo de algún prójimo.

Cuando menos se piensa ocurre un crimen, que además de bárbaro puede con razón calificarse de tonto; y francamente la vida más insignificante tiene más importancia que todas las tonterías juntas.

Es un verdadero dolor lo que ocurrió la otra noche al joven teniente de húsares Sr. Eguiluz; porque aunque se dijo que habla una ella de por medio, no resulta en tan lamentable suceso que hubiera del género femenino más que la brutalidad de los agresores y la navaja con que la agredieron.

Iba tranquilamente por la calle, una calle que aunque se llama de Sagasta, es menos frecuentada que el ilustre político; tropezó con dos hombres, le insultaron, y en vez de continuar su camino se detuvo, mediaron unas cuantas palabras malsanas, comenzó á dar de bofetadas á uno de los dos imprudentes, y en tanto el otro le dio de puñaladas, huyendo con su camarada, mientras el infeliz herido pedía auxilio.

Este motivo insustancial y frívolo va quizás á costar la vida á un joven lleno de esperanzas, porque las últimas noticias del estado del Sr. Eguiluz no son nada tranquilizadoras.

Nuestra sangre viva, nuestra deficiente educación y la pizara navaja son causa de estas dolorosas desdichas.

En Francia se cometen crímenes después de bien pensados; en España se improvisan.

Recuerdo yo que un día en París salía un caballero de un portal al mismo tiempo que yo pasaba y le pisó:

—Pardón, monsieur!—me dijo.

—¿Cómo me pide Ud. perdón?—exclamé.—Yo soy quien tiene que reclamar la bondad de Ud. para que me dispensa mi torpeza.

—¡Oh! no, el torpe he sido yo,

que he puesto el pie debajo del de usted

¿Puede haber mayor grado de longanimidad?

Aquí, aquel pisotón me habría valido un apóstrofe; yo habría contestado con otro, de las palabras habríamos pasado á los hechos... Francamente, en ciertas ocasiones hay que sentir no tener sangre de borcharta.

La verbena de la Buena Dicha y las próximas elecciones de diputados provinciales tienen revueltos á los madrileños. Supongo que la agitación electoral reinará en todas partes cuando vean la luz estas líneas.

¿Y para qué? dice la mayoría de los electores.

Aquel entusiasmo de nuestros padres ha desaparecido. Todavía votan los muertos y las urnas hacen milagros; pero de cada cien personas noventa lo menos consideran esto como un espectáculo gratuito.

No, amigos míos, no; ese espectáculo nos cuesta mucho dinero, muchas lágrimas y alguna que otra vez mucha vergüenza.

El resultado de las elecciones no retrata á los elegidos sino á los electores. Delegamos nuestros derechos en un representante, y de lo que él hace somos responsables. De modo que cuando los ayuntamientos malgastan el dinero y los diputados votan leyes contrarias á las necesidades del país, no son ellos los que malgastan y votan, sino los que no hemos acertado al elegirlos.

Pero me meto en honduras y no es ésta mi misión ni mi afición

Los viajeros regresan con la misma prisa si no con el mismo entusiasmo que se fueron. Traen, sin embargo, exceso de peso, porque los desengaños pesan más que las ilusiones, y por añadidura, aunque no lo parece, las bolsas vacías son más pesadas que las repletas.

En Madrid no faltan ni ilusiones ni esperanzas. El comercio que tanto sufre, espera resarcirse con las ventas que su ilusión le hacen guardar como cosa segura cuando las fiestas del Centenario reúnan en la Corte á los forasteros que el optimismo nos promete.

Mucho me temo que tan dorados sueños, resulten sueños de perro chico.

Todo se prepara sin embargo para recibir á provincianos y extranjeros. Los teatros son los que se las prometen más felices.

Antes de anoche inauguró sus tareas el de Apolo, y por cierto con numerosa concurrencia. Los demás no tardarán en abrir sus puertas.

Entretanto todo el mundo habla de Colón, del descubrimiento del nuevo mundo, y por lo menos las anunciadas fiestas son un curso de historia popular.

Pero funesto para los estudiantes desaplicados; porque ha habido uno, por cierto de historia, á quien el tribunal facilitó el camino para que siquiera saliese aprobado.

Es verdad que había sido objeto de apremiantes recomendaciones.

Pero toda la benevolencia de los jueces fue inútil.

—Vamos á ver, le dijo su profesor, ¿usted debe saber quién fue Jesucristo?

—Sí señor.

—Perfectamente. En ese caso podrá Ud. indicarnos algo de lo que hizo.

—Sí señor... descubrir el nuevo mundo, contestó el estudiante con la mayor serenidad.

JULIO NOMBELA.

COLABORACION INEDITA.

## TEORIA DEL DESCONTO.

El artista—y en especial el literato,—es un sér sin intimidad alguna. No puede retener nada de sus impresiones, de sus ideas; tiene «el pecho de cristal» y su vida es una larga serie de confianzas imprudentes que el público comprende unas veces, y otras acoje con sonrisa ó con lástima.

De todas esas confidencias—verdaderos desahogos del alma... y de los nervios—la más frecuente y menos asequible á la masa, es la que se refiere á las grandes crisis intelectuales que preceden y siguen á la producción de una obra. Jamás comprenderán los lectores, que á la vez no sean también artistas, la angustia de Flaubert corrigiendo su estilo, la excitación de los Goncourt, buscando una frase; pero todavía comprenden menos el desaliento que se apodera de los escritores de raza (sinceros y humildes menudo en la vida social) después de terminada una obra en que han puesto lo mejor de sus energías, lo más caldeado de sus entusiasmos.

No basta el decaimiento físico, la natural reacción que sigue á la tensión desmesurada del trabajo, para explicar ese descontento amargo y terrible en que resultan heridos los sentimientos personales más elevados, á la vez que las suspiraciones pertinaces y rebeldes del amor propio, que á todos dominan con esto ó el otro disfraz, como ya supo descubrir la Rochefoucauld.

No hace muchos días, Zola confió unos de esos desalientos al periodista Luis de Robert. «Para escribir mi libro—dijo refiriéndose á la novela «Le Debacle»—he tenido que hacer esfuerzos inmensos; consultar á los militares que me han enseñado el uso de voces técnicas; leer muchísimo y reunir una porción de documentos.

Estoy fatigado. En Sedán, ¡cuántas veces pedí á los famosos parajes, testigos que fueron de tanta miseria y de tanto desastre, un recuerdo, un suceso olvidado, un dato!... Algunas páginas de mi libro me han costado un trabajo espantoso; he pasado horas y horas escribiéndolas y temía á ratos no poder terminarlas. Anteayer volví á leerlas y me parece tout simple.

Los pasajes más penosos, aquellos que exigieron todos mis esfuerzos, desfilan naturalmente, tout bêtement, ante mí. ¡Cómo! me pregunto. ¿Esto es todo? ¿Cómo pude yo trabajar y sufrir tanto para escribir cosas tan vulgares?... ¡Oh, sí! esta es la eterna decepción!

Esta queja ingenua y profunda, arrancada de lo más íntimo de la persona del artista, no sabe el vulgo interpretarla. Puede apostarse doble contra sencillo á que después de leerla, muchos sentirán de repente menosprecio hacia el libro que antes les parecía una joya; porque ¿cómo aplaudir una obra de que está descontento el propio autor?

Pasales á estos lectores lo que al espectador aquel á quien entusiasmaba una

comedia, hasta que notó los signos de reprobación que un señor muy respetable y del oficio hacia desde la butaca de al lado.

—¡Diantre!—se dijo el primero.

¿Pues no me estaba gustando la comedia? Lo que es no entenderlo. Será preciso demostrar lo contrario porque si no, ¿qué dirá este caballero vecino?

El descontento de los autores no es un juicio, no puede serlo.

Su criterio es inmediatamente subjetivo. Nace en parte de la fatiga nerviosa, que deprime y disgusta; en parte de la disconformidad eterna entre el plan ideal de la obra y la realidad de su ejecución; y algo también de ese callado y misterioso desprecio que solemos sentir hacia nosotros y nuestras obras, en momentos de desesperante sinceridad; desprecio análogo al que envidia de los demás ardientes amores, experimenta un sexo respecto del otro, sin que basten á explicar fenómeno semejante los motivos que Tolstoy expone en «La Sonata á Kreutzer» ya que, aun allí donde no hay la depravación que el gran escritor analiza, se produce el mismo hecho.

Resultado de esa depresión, de ese desengaño, de esa vergüenza hacia la pequeñez de lo conseguido frente á lo grande del intento, es que no sea por punto general, momento adecuado para corregir el inmediato á la terminación de la obra. ¡A cuántos pintores no se ha visto, como al Claudio Santier de «La obra», destrozarse una figura bien hecha, á fuerza de enmendarla y quererla hacer más perfecta!

Lejos de parecer todo muy bien, recién concluido parece muy mal: menos que todo lo que produce le parece á tanto; sino que en casos tales, suele el artista no ser más que un vizconde de Argentan el *dedassé* tan saladamente retratado por el autor de Jack. De Argentan no corregía nunca sus escritos; bien es verdad que no es ésta la única forma del orgullo literario, y que tal autor que corrige *trece* veces las pruebas de un artículo, que ni es de ciencia, ni tiene hebreo ó sánscrito revela ó que no sabe escribir, ó que todo le parece poco para su egregia firma.

Pero volvamos á los artistas de veras.

El célebre precepto de Horacio, no es exacto y prudente más que á medias. La razón es clara y debieran tenerla en cuenta todos los que aplican á rosa y vellor, sin crítica alguna, fórmulas que responden á un cierto concepto del arte literario (y cuyo valor, pues, depende de ese concepto) á una literatura cuyo fundamento filosófico es completamente distinto, como hijo de un siglo tan diferente del siglo de Horacio.

La precaución de guardar los escritos algún tiempo, para reverterlos más tarde y poder notar á sangre fría las incorrecciones, es una precaución retórica, y que sólo en retórica por lo que se refiere al elemento más externo del estilo, tiene cumplida consecuencia.

Las repeticiones de palabras, los hiatos, las cacofonías, la debilidad de las imágenes... todo esto cabe mejor notarlo algún tiempo después que á raíz de haber escrito, cuando el oído está sobado por las pruebas repetidas y los ojos leen menos las letras trazadas sobre el papel, que las expresiones modelo, hirvientes en el cerebro.

Pero en cuanto á la idea, á lo que llaman «fondo» de la composición, el efecto es distinto.

Todo trabajo intelectual supone una concreción de fuerzas dirigidas á un mismo punto.

Al rededor del pensamiento central, acumúlense las asociaciones particulares de ideas, hechas en vista de un solo fin, y todo en el cerebro vibra en función de un resultado único.

Semejante concurrencia de energías tiene que producir si el cerebro está conformado adecuadamente, una riquísima complejidad de combinaciones ideales y elevada tensión intelectual.

Lo que entonces se logra, aprovechando aquel caldeo subido del órgano y el riego abundante y continuo de la sangre, que acude como nunca, sobrepaja á veces las mismas esperanzas y el plan del autor.

La sorpresa de cosas que nunca se habían ocurrido, son frecuentes; y seguro que pasada la excitación será imposible repetir lo inesperado.

A esto se llama la «inspiración» que, como todas las funciones, puede metódizarse, arrancándola al desarreglo (más teórico que otra cosa sin duda) de los románticos.

Ahora bien, semejantes condiciones no pueden prolongarse largamente, pero al desaparecer, se llevan consigo toda la riqueza del pensamiento y toda la originalidad personal del trabajo: por tanto, también toda aptitud para comprenderlo de lleno, tal como ha sido concebido y juzgar si su desarrollo corresponde al punto de vista propio.

Todo el que escribe tiene seguramente experiencia de mil cosas empezadas y no concluidas que, al cabo de algún tiempo, ya no dicen nada al autor.

Con las notas sucede lo mismo, y aún en mayor escala.

Cada nota es una abreviatura, cuyo sentido se va perdiendo con los días que pasan; y así como las notas de mi hombre no suelen servir para otro, así las de hace dos ó tres años no suelen ser entendidas por el mismo que las redactó.

Un gran esfuerzo para repetir en el mundo mental á que respondieron.

Se comprende pues, que la crítica del autor no puede ser nunca tan justa, tan perfectamente informada por el sentido histórico de la obra, como cuando el cerebro está en la ebullición provocada por ella.

En este hecho se fundan las máximas que recomiendan no dejar de la mano un trabajo hasta concluirlo, tener continuidad en la ejecución y no emprender á la vez varias obras, porque cada una pierde en intensidad lo que se da á las otras.

En esto también se funda la superioridad de los pueblos constantes y ordenados en el trabajo, sobre los pueblos de arrebatado, de esfuerzo repentino pero espaciado largamente, desiguales y varios en la aplicación de la energía.

Más, precisamente de esta excitación cerebral, que eleva y sublima las fuerzas y los productos intelectuales, nace el descontento por el resultado conseguido, y la relativa incapacidad de corregir, de que antes hablábamos; y en tal contradicción, irreductible para la mayoría de los hombres, reside la habilidad del artista y la superioridad inmensa de los que llegan á vencerla.

La decepción, de todos modos, se da siempre.

Ya hemos visto que Zola, el propio Zola «de labor tarda y pesada» se confiesa víctima de ella; y sabido es cuán metódico y hasta friamente pareció trabajar el gran novelista.

El mismo ha recomendado la variación entera de procedimiento, desde la inspiración brusca é intermitente de la exaltación bohemia, al orden escolar que todos los días, á iguales horas, coje el papel y la pluma para escribir los temas. Semejante sistema sirve á maravilla para establecer «costumbres» en el cerebro, para regularizar la corriente nerviosa y el riego sanguíneo de los órganos de la inteligencia; y, por tanto, para dar periodicidad metódica al esfuerzo y hacer más fácil la repetición de estados mentales análogos.